

▶ TRIBUNA



Maximiliano Figueroa

Director del Bachillerato en Humanidades de la Universidad Alberto Hurtado

Globalización y educación

LA CRECIENTE COMPLEJIDAD de las relaciones económicas a nivel mundial -exigiendo mayor eficiencia y refinamiento técnico, productivo y comercial- intensifica el carácter competitivo de nuestras sociedades y el énfasis en expectativas de utilidad económica que los sujetos y los gobiernos dirigen a la educación. Se hace cada vez más manifiesta la urgencia de distintos sectores de la sociedad por introducir cambios en el sistema educativo que permitan a los jóvenes ingresar con éxito y eficiencia en la dinámica de la economía presente y, por sobre todo, futura; cambios que le aseguren al país un puesto favorable en lo que se denomina el mercado global. La vinculación entre educación y desarrollo económico se ha convertido en algo de obvia y fundamental importancia a esta altura de la historia, simplemente algo impostergable a la vista de un país como el nuestro, con serias carencias en las condiciones materiales de vida de una parte significativa de su población. Pero es precisamente la necesidad de esta alianza

Paradójicamente, la vigencia de los cánones económico-utilitarios aparece, en los hechos, fortaleciendo la desigualdad en el acceso y la calidad de la educación, al menos en países como el nuestro.

y la intensidad con que se presenta y reclama nuestra atención, lo que acentúa la posibilidad de una estimación de la educación en la que todos los sentidos no reducibles a cánones utilitarios queden descuidados, desatendidos, sometidos a una etapa de eclipse y postergación.

Es un fenómeno preocupante, por ejemplo, la tendencia en el discurso educativo predominante a concentrar el foco de su preocupación en el objetivo de que los alumnos adquieran, principalmente, competencias y habilidades, porque esto se traduce en que educar y capacitar pasan a ser procesos que se toman, en la práctica, como equivalentes. Si la educación se transforma en pura capacitación, entonces se patentiza el influjo que la visión instrumental está ejerciendo sobre nosotros y nuestras expectativas, y, por lo tanto, un drástico deterioro o empobrecimiento de sentido a que ésta queda expuesta.

El filósofo Jorge Millas hacía en los '60 este diagnóstico: "Los ideales de nuestra pedagogía han tendido a exaltar el trabajo y la adaptación pragmáticamente, como bienes útiles, aislándolos del contexto de la vida humana total que les convierte en funciones espirituales. Siendo así, la preocupación por el trabajo se convierte en

mero cuidado individual por la subsistencia y la adaptación social en puro conformismo. No es extraño, por eso, ver a nuestros educandos, desde que toman conciencia de su futuro y lo hacen problema de decisiones personales, juzgarlo en función directa de la seguridad y del lucro. La capacitación para el trabajo y para la vida en sociedad ha venido a significar así capacitación para el bienestar económico y el poder personal. Obviamente este resultado es en buena medida función de los hábitos valorativos de una sociedad mercantil para la cual la vida es contienda de ventajas y desventajas económicas, de eficiencia y lucro".

Lo especial de la situación actual radica en que se multiplican las señales que indican que esta marcada estimación utilitaria se ha acentuado en un sistema-mundo que se articula en lógica economicista, que integra todo en clave precio-ganancia-utilidad, que erosiona el bien intrínseco de las actividades humanas y que amenaza con convertirlo todo en negocio, incluso la educación, algo que no puede consumirse sin atenuar en el proceso educativo todo lo que en él apunta a promover un sujeto con capacidades de crítica e iniciativa moral frente a un orden que en el privilegio de la mera funcionalidad no propicia, de verdad, ni la una ni la otra. Jürgen Habermas, reconocido pensador contemporáneo, ha referido la vigencia en la sociedad actual de cierta "disposición socialmente producida a sentirnos atraídos por el ethos de un modo de vida armonizado con el mercado mundial, que espera que cada ciudadano consiga la educación necesaria para convertirse en un empresario que gestiona su propio capital humano".

Paradójicamente, la vigencia de los cánones económico-utilitarios aparece, en los hechos, fortaleciendo la desigualdad en el acceso y la calidad de la educación que reciben los individuos, al menos en países como el nuestro. De esta manera, se hace inevitable que esta retórica que vincula educación y desarrollo resulte sospechosa al no reflejar, al mismo tiempo, impulsos efectivos hacia la inclusión y equidad en el sistema educativo. Quizás no hay accidente en esto, sino la evidencia de un proceso que no logra inscribirse en un proyecto de desarrollo con auténtica irrigación ética, que simplemente no tiene la justicia social como meta que decide y anima su impulso. En este contexto, no parece descaminado postular que las dimensiones no utilitarias de la educación necesitan ser reanimadas. Algo que sólo es posible cuando cesamos en la insistencia de hacer comparecer todas las cosas y ámbitos de la experiencia desde una óptica que sólo ve medios, instrumentos y mercancías.

▶ TRIBUNA



María de los Ángeles Fernández

Directora ejecutiva de Fundación Chile 21

Contradicciones de la agenda política

EL ECONOMISTA EDUARDO Engel, luego de analizar el resultado de los indicadores de gobernanza del Banco Mundial para el caso de Chile, pone el dedo en la llaga en una columna cuando afirma que los problemas tienen su origen en la política, no en la economía. Sería miope no admitir que el Gobierno ha dado muestras de la importancia que la política le merece y se encuentra impulsando un conjunto de reformas. Sin embargo, se desconoce si por la falta de una visión más integral de lo que se requiere, o por el imperativo de negociaciones marcadas por lo incremental, más temprano que tarde nos toparemos de narices con un archipiélago de instituciones que, si bien pueden responder a la muy loada capacidad organizativa de ciertos sectores de la sociedad civil, reflejan una lógica potencialmente fragmentaria e, incluso, contradictoria entre sí. Por ejemplo, ahí tenemos la promesa de creación del Instituto de Promoción de la Transparencia, que se encuentra en trámite en la Cámara de Diputados. No se entiende cómo no se ha impulsado de una buena vez la figura del Defensor del Pueblo u Ombudsman, que existe en todos los países a los que aspiramos parecernos.

Luego, en el plano de las propuestas, circulan en el debate público las peregrinas ideas de crear una Superintendencia de Partidos Políticos o incluso, de acreditarlos cuando lo sensato es fortalecer el Servicio Electoral. Sebastián Piñera entregó hace un tiempo una propuesta de reformas políticas un tanto decepcionante para un candidato presidencial, centrada en cuatro puntos escuálidos. Por suerte, se vio ensombrecida por su rol de salvataje en el debate sobre el Fondo de Estabilización de Precios de los Combustibles. En ese marco, propone una idea con reminiscencias tropicales: la creación de un ente que vele por la prohibición de que las autoridades realicen campañas mientras tengan un cargo. El proceso de impulsar las necesarias reformas políticas enfrenta discursos contradictorios y obstaculizadores. Es evidente que las proclamas "antipolíticas" de la oposición según las cuales la política no es relevante y hay que preocuparse de los "problemas concretos de la gente" en nada ayuda. Lo irónico es que terminan transformándose también en políticas aquellas fuerzas que abominan de su existencia.

Se observa la instalación de ideas tales como la Agencia de Calidad de las Políticas Públicas, en el marco de la propuesta en curso de reforma del Estado o a la existente Alta Dirección Pública que, si bien inspiradas en la necesidad genuina de ahuyentar aspectos que se diagnostican como problemáticos tales

como la discrecionalidad, el patronazgo y la orientación electoralista, pueden derivar en problemas mayores. Con el afán genuino de evitar la captura de ciertas instituciones del Estado, se puede terminar creando instituciones y disposiciones que, amparadas en un afán técnico, independiente y cuasiangelical, quedan excluidas del control ciudadano. En el caso de la segunda, cuyo sentido original en comprensible como fruto de una crisis, existirá la posibilidad de someterla al necesario debate público cuando se discute la ley que la perfecciona. No es ésta una aspiración superflua y permitirá cuestionar el tufo tecnocrático que la idea tiene de contrabando. Dado que se ha logrado elevar al Servicio Civil y a la Alta Dirección Pública a la categoría de panacea de los males que enfrenta la gestión estatal, bueno sería conocer los indicadores de desempeño que

Para aprovechar las oportunidades y dar pasos consistentes, no bastan las recetas económicas sino que se requiere una oleada de reformas políticas "en forma".

muestran quienes han ingresado por esta vía (reemplazando a los malignos operadores que ahora vamos descubriendo que no son exclusivos de un sector político, gracias a Huechuraba) para ver si son en efecto mejores. Además, no se entiende por qué no se identifica una conexión de esta institución con los jóvenes que, vocacionalmente, ingresan a estudiar la carrera de administración pública.

Para aprovechar las oportunidades que se advierten y dar pasos consistentes hacia el desarrollo, no bastan las recetas económicas sino que se requiere una oleada de reformas políticas "en forma" que incorporen, desde un punto de vista sistémico, chequeos y balances, transparencia, reconocimiento de sectores excluidos (nada se ha escuchado con relación a la ley de participación política equilibrada entre hombres y mujeres que se encuentra en el Congreso) y distribución de oportunidades. El pasado político reciente enseña que Chile tiene la capacidad, aunque larvada por momentos, de llegar a acuerdos más allá de la inmediatez y los personalismos, por cuanto existen líderes políticos expertos con la capacidad suficiente para convencer acerca de la necesaria renovación de las elites así como de una mayor limitación, competencia real, descentralización y desconcentración del poder.

▶ APUNTES

La reconquista de un pintor

LA LUNA DESDIBUJA el cerro La Ballena, áspero y solitario. Canelos y manzanos se desgajan en el sigilo de la noche. La niebla esmerila los vidrios de pulcras casas de las parcelas, en Las Vizcachas. El raco -viento precordillerano-susurra entre quebradas y riachuelos.

Son las tres de la madrugada. De pronto, un joven delgado como Papelucho, bigote leve y mirada serena, baja de un taxi. Viste overol, zapatillas azules y un jockey pardo. El conductor, desconcertado, lo deja frente a un muro aldeaño, detrás de quioscos donde en el día venden pan amasado, empanadas y tortillas de rescoldo. Jorge Peña y Lillo Vera abre su mochila, saca pinceles de marta y sus tarros de esmalte al agua.

En la vecindad, todos duermen. Incluso su amada. Piensa en ella. Con nostalgia, por un

quebranto esporádico. Tiembla mientras pinta su autorretrato: desnudo, sólo con un reloj en su muñeca izquierda y unas mariposas policolores que vuelan -metafóricamente- hacia el hogar de la muchacha de sus ensueños. Son casi cinco metros, con una obra desgarrada y sentimental.

Un radiopatrullas se detiene, ante la insólita escenografía. Un carabiniere quiere aprehenderlo: no entiende el tejido sutil del amor. El joven sólo quiere que en la mañana el corazón de su intrépida chica lata con un compás inaugural al ver la obra en el camino de salida de Los Castaños. Sorprendido, el policía lo deja. Y Jorge escribe un mensaje con sus pinceles, no obstante la invasión de sombras nocturnas: "Voy volando, una vez más, pero hoy voy en busca de nuestra felicidad".

Cinco horas más tarde, ella parte a Santiago, en el automóvil de su familia. Y todos desentornan sus ojos ante el inaudito y gigantesco mural. Ella llora de alegría. ¡Es la reconquista!

Jorge Peña y Lillo tiene 23 años. A los nueve, comenzó a pintar en el taller de Antonio Guerrero, consagrado artista, quien hoy crea y recrea en su refugio del Cajón del Maipo. Su andadura lo llevó al bohemio barrio Bellavista. Pronto integró el grupo Los Overoles, con Rodrigo Soto, Nicolás Farfán y Víctor Burgos. Más amantes de la imagen que de las letras, gestaron su nombre con una falta: Oberoles. Y quedaron bautizados así, con esa "b" invasora. Pintaron fachadas de los restaurantes El Otro Sitio, Doña Tatito y El Trauco, entre otros. Y poblaciones santiaguinas, locales en

Pichilemu y departamentos de la Universidad Metropolitana de Ciencia de la Educación (antiguo Pedagógico).

Está próximo a egresar de Licenciatura en Artes Visuales de ese plantel y es ayudante de dibujo y de pintura, con los profesores Danilo Espinoza y María Victoria Polanco. Estudia con rigor, y de sus manos y sensibilidad nacen vitrales con pájaros policolores en departamentos que rompen la rutina ornamental. Pinta en silencio, sin afán de imitación, con ánimo poético y dedicación profesional. Siempre con sus únicas armas: pinceles, paletas y pomos de rojo, azul, fucsia.

De día. Salvo que el amor lo convoque nuevamente a Las Vizcachas, a mostrarle su arte a la muchacha que remece su corazón.



Enrique Ramírez Capello